FERNÁNDEZ, Antonio; BARNECHEA, Emilio; HARO, Juan: Historia del Arte. Barcelona. Vicens-Vives 1998

El retorno a la medida humana

Al humanismo emotivo del siglo XIII viene a sustituirle un humanismo racional en el siglo XV. En las Universidades se leen los clásicos en griego o en latín, se discuten postulados teológicos y se duda de los dogmas. La imprenta permite la divulgación de la cultura escrita y la brújula permite la ampliación de horizontes y la conquista del mundo.

Por primera vez desde la antigüedad, el hombre se siente centro del Universo y reclamará un lenguaje a su medida. En el gótico las dimensiones del edificio poseen al hombre, lo elevan o lo distienden, pero en el Renacimiento será el hombre quien domine al edificio gracias a sus proporciones creadas por artistas que razonan según métodos y procesos humanos. El equilibrio entre las dimensiones de la planta y la altura responden a una exigencia humana según la cual no deben preponderar las dimensiones verticales sobre las horizontales.

El hombre es tridimensional, pero se relaciona con las cosas preferentemente sobre el plano horizontal. La contemplación del horizonte es afín a la biología humana, pero la observación de una aguja gótica requiere de un mayor esfuerzo que se traduce en desazón. En el primer Renacimiento, la arquitectura logra encontrar la medida del hombre al establecer proporciones sencillas, ceñidas a una geometría simple y comprensible. Es la misma medida humana que el hombre griego había sabido encontrar para sus espacios exteriores pero que ahora la encontramos en los interiores.

La horizontal prevalece sobre la vertical y las fuertes y acusadas cornisas y molduras horizontales de los edificios subrayan ese intento. Por otra parte al ser más bajos los edificios no necesitan de la teoría constructiva gótica y desaparecen los arcos apuntados, volviéndose al arco de medio punto, que denota el equilibrio entre el estatismo y el dinamismo. Se vuelve al repertorio elemental y básico propio del clasicismo.

La visión unitaria

Pero esa calma natural, llena de armoniosa belleza, que transpiran los interiores renacentistas del siglo XV, no se debe sólo a las proporciones, sino al sentido unitario de la obra, más exactamente a la visión unitaria que ofrece. Es ésta una característica común a las diversas actividades plásticas y que trasciende, al menos en teoría, al mismo urbanismo.

La obra plástica debe presentarse simultáneamente, y en su conjunto, al espectador, subrayando así su valor eminentemente espacial. La obra gótica conjuga tiempo y espacio; la catedral, por ejemplo, se proyecta para ser vista desde muy diversos puntos, lo que requiere un desplazamiento del espectador que percibe las sucesivas impresiones a modo de secuencias temporales. Con la pintura ocurre, igualmente, que las narraciones se hacen en recuadros que son verdaderas secuencias cinematográficas. Pero en el Renacimiento la obra se ofrece unida. La Iglesia de San Lorenzo de Florencia, trazada por BRUNELLESCHI, nos ofrece su espacio interno de una sola vez, subrayando las líneas de perspectiva que conducen la mirada al fondo. El pintor MassCCio nos relata el episodio evangélico del *Tributo* en un cuadro de composición unida y ejemplar, pero que en realidad representa tres escenas.

Este sentido de visión unitaria llevará en Arquitectura a reducir la nave mayor de los templos, llegando incluso a la cruz griega, y por eso obras capitales como la *Capilla Pazzi* de BRUNELLESCHI trazada a principios del siglo XV o el proyecto que BRAMANTE hace para San Pedro del Vaticano, un siglo después, se diseñan sobre planta de brazos iguales.

En la pintura predomina la perspectiva central, no sólo como adquisición de un lenguaje espacial, sino porque esa perspectiva conduce, más que ninguna otra, a la unidad buscada. La pintura es centrípeta antes que centrífuga.

Arte y humanismo

La figura clave para comprender el Renacimiento nos la da el humanista. Este hombre culto, versado en la Antigüedad, que lee en latín y griego, que discute sobre Platón o sobre Aristóteles, y que conoce las más avanzadas teorías sobre Geografía y Cosmología es, además, poeta y un gran. *dilettante*. En el siglo XV era posible reunir en una biblioteca la mayor parte de los libros editados por la imprenta que, es tanto como decir toda la cultura escrita de su tiempo. En las cortes renacentistas, deseosas de abrirse a un mundo nuevo, estos hombres son reclamados con veneración. Y en manos de ellos está el progreso del pensamiento y de la cultura y, en cierto modo, del arte. Por vez primera la obra de arte es analizada racionalmente desde el punto de vista del espectador. Era lógico. Los pensadores renacentistas discutían sobre la *Idea de la Belleza y ter* minaron por discutir sobre la cosa bella. Nace así la crítica de arte. Sin embargo el humaista siente por el artista un gran respeto, y con frecuencia son amigos cuando no el mismo artista es un humanista. La influencia recíproca es altamente beneficiosa y uno de los
rasgos más definidores del Renacimiento. El artista consulta al humanista sobre mitos o sobre el ideario clásico y el humanista comprueba visualmente en la obra del artista la validez de sus tesis. El Renacimiento es un tiempo de individualidades. En realidad así será Occidente hasta el siglo actual, en que se retorna a la tarea anónima del equipo. Los talleres del siglo XIV en Italia tienen el mismo carácter anónimo y gremial
que en el resto de Europa. En ellos se realizan trabajos muy diversos y de carácter artesanal, desde un mueble o un escudo hasta un gran cuadro. Pero la fuerte personalidad de algunos artistas así como el pugilato establecido entre las diferentes repúblicas para obtener las mejores obras de arte hacen que los más famosos artistas sean reclamados de un lugar a otro, con lo que desaparece el anonimato y el carácter gremial de su equipo. Finalmente, en el siglo XV, la alianza de los artistas con los humanistas, hace que aquellos participen en las cultas reuniones con los príncipes o mecenas y de espectáculos salen afamados y endiosados. En adelante el artista definirá con su exclusiva personalidad su obra y rara vez aparecen los nombres de los colaboradores. A veces, como en el caso de MIGUEL ÁNGEL, éste trabajará solo. Ello aumentó más aún el mito y se hablará de *«genios»*. Por eso; la Historia no podrá desde entonces escribirse a partir de la obra de arte sino a partir de los artistas.